TRES HORIZONTES HACIA CORTAZAR

Siempre puede constituir una tentación el intento de fabular sobre las pautas ya establecidas, por muy deslumbrantes y frondosas que éstas sean. En este sentido, quizá constituya la mejor forma de rendir homenaje a una figura universal de las letras de nuestro tiempo el ensayo de perseguir tres ideas que pudieron ser objetivos e hipótesis de su trabajo o que también pudieron no representarlo nunca.

ITINERARIO PARA LEER UNO O VARIOS LIBROS

A cualquiera puede pasarle: en Madrid o en Marsella, en Nanterre o Chivilcoy; resulta que el hombre va por una calle, cuidando de pisar firme en el centro de las losas y ruborizándose al descubrir que lo está haciendo; el hombre tiene más de cuarenta y cinco y menos de sesenta años, está en una situación cronológica en la que todo da lo mismo; puede que no tenga hijos o a lo mejor tiene demasiados; su trabajo no le satisface, pero por seis días a la semana se entrega a él con alma y vida, quizá con el presentimiento de que al final la empresa dará un gran almuerzo para todos los compañeros y le regalará un reloj de oro; a lo mejor también un Quijote de escayola o una taba gaucha engastada en plata.

El hombre no es muy aficionado a leer; en el living de su casa tiene perfectamente alineado y apenas abierto una Historia universal, una Geografía pintoresca y una serie de novelas que tuvieron mucho éxito porque salieron adaptadas en la televisión. Apenas va al teatro porque queda lejos de su casa. Cuando entra en el cine, no sabe nunca lo que va a ver, todo lo más tiene una vaga idea de quiénes son los protagonistas. El deporte como espectáculo tampoco le gusta, de chico fue malo para patear el balón y le quedó para siempre una sorda envidia hacia aquellos que saben hacerlo; no le interesan los caballos, porque una vez perdió algo de dinero apostando. No es bebedor, porque sufre dispepsia crónica; su aspecto físico y sus reducidas posibilidades económicas dejan su horizonte femenino reducido a una sola mujer, que lleva su apellido y que tripula una increíble colección de batas vulgares, que es capaz de teñirse el pelo de la forma más aborrecible y que pronuncia su nombre como si en la laringe tuviera los goznes de una puerta mal engrasada.

El hombre —no hay por qué llamarle nuestro hombre: nadie es de nadie— fuma; cuando se le atasca una partida en un balance, fuma; en aquel momento en el que se le interponen ante los ojos

unas nalgas flexibles enfundadas en un pantalón o flotando dentro de una pollera, fuma para disimular el concentrado furor de su mirada. Cuando lee que el tabaco produce cáncer, fuma; al enterarse de cómo y cuándo ha triunfado el más tonto de sus compañeros de clase, sigue fumando; cuando la dispepsia permite que un almuerzo de sábado le deje totalmente satisfecho, fuma también, y cuando piensa por un momento que su vida pudo ser algo mejor, más brillante, más noble, más grata, fuma igualmente y la idea se va por cualquier rincón de la habitación envuelta en humo.

A cualquiera puede pasarle. De pronto, se para delante de la vitrina de una librería; es posible que le llame la atención la imagen de una mujer desnuda campeando en una portada; puede también que una vieja afición no cultivada le haga mirar hacia la portada de un libro de filatelia o de arte etrusco o de cirugía abdominal; en todo caso, se para y mira. Una necesidad que no ha sentido antes, suma de olvidadas desazones y de perdidos recuerdos, le hace entrar en la tienda; levanta un libro y lo hojea distraídamente, pasa las páginas, se fija en un nombre, en el título de un capítulo, en una viñeta, casi sin verlo pasa la mirada sobre un apasionante párrafo que dice: «Impreso en la Argentina, queda hecho el depósito que previene la ley 11.723...» Todavía no sabe «que los libros van siendo el único lugar de la casa donde aún se puede estar tranquilo».

Algo inusitado se convierte en un mensaje de letras que lleva a su poco ejercitado cerebro un mensaje desconcertante. Hay un libro susceptible de numerosas lecturas, que puede leerse al derecho o al revés, salteando una o varias páginas, siguiendo la más arbitraria dialéctica de los caprichos. Su primera reacción de hombre de ley, consumidor de bicarbonato y apacible viajero hacia la jubilación es de escándalo; no se puede hacer eso, los libros, en la medida en que él recuerda haber leído uno que otro, empiezan por una introducción o un prólogo en el que una persona muy sabia, a veces un doctor, explica lo interesantísimo que es el tema y lo listísimo que es el autor; luego llegan los capítulos, numerados correlativamente, disciplinados como mendigos que aguardaran la sopa boba de la beneficencia. Y, al final, hay una conclusión, en la que se vuelven a decir resumidas todas las cosas que se han dicho antes o inadvertidamente se afirman algunas que no llegaron a insertarse en el lugar oportuno. Eso es un libro y no un extraño cachibache de páginas en el que el propio autor advierte que se puede leer a capricho, omitiendo partes, creando las sucesiones de páginas más aleatorias e inesperadas. Es evidente que esto no puede ser.

Algo le dice a este hombre de Madrid o de Marsella, de Chivilcoy o de Villaverde Bajo, que en un libro así tiene que existir una dimensión inesperada. Poco a poco, sin leer nada más que lo indispensable, el extraño libro se le va haciendo atractivo. Piensa que en el fondo hay que conocerlo todo y que no se pueden hacer excepciones con estas cosas modernas. En la caja de la librería, una alemana menopáusica recibe sus billetes, le devuelve el cambio, introduce una tarjetita dentro del libro, lo envuelve en una bolsa y se lo entrega todo acompañado de la sonrisa con que las encargadas de los campos de exterminio nazis recibían a un judío recién venido.

Ahora ya, al volver hacia su casa, hacia el olor de una cocina vencedora en mil potajes y responsable de su dispepsia, el hombre no se preocupa de pisar en el centro de las losas, quiere ir a sentarse, a calarse las gafas de leer y a ver si de una vez se entera del por qué y el para qué de las páginas caprichosas, de la propuesta anárquica de una lectura diferente. Debajo del brazo, envuelto en la bolsa en donde lo depositó la alemana, un universo de situaciones, de palabras, un aluvión desorbitado de sensaciones y de sentimientos se estremece jubiloso. Porque los que habitan en las páginas de *Rayuela* saben ya que muy pronto va a unírseles un nuevo personaje.

BITACORA DE CORTAZAR

A mil doscientas toesas de las islas de la rutina, más allá de donde se pierden los rumores de las calculadoras y los campanillazos de los despertadores, se entra por un canal estrecho entre dos enormes promontorios, dos peñones amenazadores llenos de casas y de teatros y de ateneos para la libertad y la cultura y periódicos para la cultura y la libertad. Si logramos encontrar un rumbo equidistante y evitamos naufragar en los acantilados, no tendremos necesidad de asistir a un concierto en donde masas provincianas, redimidas por las deidades de lo filarmónico, se entregan a las más increíbles manifestaciones de entusiasmo, ni estaremos presentes en el festival conmemorativo que ofrece una fábrica de alpargatas y evitaremos el abismo que se abre cuando nos convirtamos en exilados y unas cartas insólitas vienen desde el otro lado del mar a insistirnos en que la culpa, una extraña responsabilidad que apenas tiene nada que ver con el Decálogo ni con las éticas puritanas, se ha exilado con nosotros.

Dos jornadas más adelante, por un brazo de río del color más sucio de los terciopelos, nos daremos de manos a boca con una ciudad inverosímil, que, sin embargo, es verdad, que se nos mete en los ojos como un puñetazo que no pudiéramos esquivar y entonces viviremos el infierno de sábanas del pujilista roto y la angustia de la madre que escribe una carta al pequeño bebé que no la leerá nunca y viajaremos con los ganadores de un premio que no saben lo que han ganado ni por qué lo han ganado, que incluso llegan a pensar que lo obtenido, que la retribución indescriptible es la soledad, la fría sensación de estar solo y desnudo, tripulante de un camarote o de una pieza cualquiera, frente a un espejo, que es un testimonio devolviéndonos la inexpresable sensación de lo solitario, o al lado de personas que al unir su soledad a la nuestra nos hacen llegar a indescriptibles cimas de desaliento.

De cualquier forma, desembarcaremos y sobre una calle copiosamente iluminada, que no alumbra a nadie, sin un paso furtivo de gato ni un ronquido de mendigo, llegaremos a un enorme edificio oficial de pasillos laberínticos, en los que un gigantesco funcionario internacional, de ojos claros, pelo abundante y barba indispensable, traduce afanoso un documento importantísimo, que dentro de tres días no va a interesar a nadie. Y en estos pasillos, nos asustarán las suelas de nuestros zapatos y los ecos que devuelven las puertas cerradas, los cuadros representando batallas y justicias y bellezas y parnasos, en tal profusión, que casi seremos felices saliendo de nuevo a la calle, corriendo atropelladamente para tropezar de manos a boca con una persona que a lo mejor nos roba nuestro propio ser y se aleja con nuestro rostro, nuestros recuerdos, con ese extraño centro natural de proceso de datos que llamamos espíritu, dejándonos absolutamente vacíos y totalmente perplejos.

«Vivir no es necesario, navegar sí», proclamó en su escudo un hidalgo del norte de España, que a lo mejor era sedentario y reumático. Si volvemos al barco y hacemos dieciséis o dieciocho mil millas, llegaremos a un lugar en el que el aire acondicionado es una condena perpetua e indispensable, que resguarda del calor imprevisible del invierno, del calor lluvioso de la primavera, del tórrido fuego inexplicable del verano, del arder dorado del otoño. Y, si salimos del fresco que nos brinda la máquina runruneando como un gato bajo la ventana inútil, a lo mejor descubrimos el infierno, que es una estación de ferrocarril, en donde las gentes viven y mueren dentro de los más precarios límites del consumo, en un total hacinamiento, asistiendo al desfile de turistas que prodigan monedas

o aspavientos, disparos de cámara fotográfica o sonrisas que evidencian su cretinez.

Una última singladura vendrá a descubrirnos que no hemos ido a ninguna parte, que todo ha pasado en un mismo espacio y que faltamente los muchos mundos que existen se encuentran todos en éste y los mil panoramas que nos promueven la angustia del viaje y la frustración de no emprenderlo, se encuentran totalmente a nuestro alrededor. Aún tendremos que realizar un nuevo esfuerzo, se nos hará necesario progresar en el espacio, aun a sabiendas de que no existe, aprovechar el tiempo desde la evidencia de su inutilidad y de su totalidad inmedible. Si conseguimos esto, es posible que doscientas jornadas dedicadas a ver crecer el polvo sobre las fundas de los estantes, a contemplar cómo se seca la grasa en los ejes de los timones, nos hagan presentir un mundo distinto, un universo que ya no es de éste, que a lo mejor no tiene base física. Y si llega a alcanzarla es porque dos cerebros distintos se han comunicado a través de una chispa o de un destello, desde la apoyatura indispensable de las letras que forman palabras y que producen con un mismo código multitud de afirmaciones, con una misma afirmación, infinitos de mensajes.

Esta puede ser nuestra retribución; de cualquier manera ocurrirá algo extraordinario e inesperado; alguien dará un nombre a algo y esto tomará carta de naturaleza, descubriremos que siempre habíamos pertenecido sin saberlo a la especie recién inventada y nos transformaremos en amorosos exploradores que buscan el corazón de una sandía, en bebedores de vino a la luz de la luna, mientras sobre nuestras cabezas cruje un patíbulo constituido para no ejecutar a nadie y seremos voluntarios empleados de correos, alterando magníficos todas las reglas imaginables y aprenderemos artes difíciles: cómo hay que subir una escalera, qué movimientos son necesarios para desplazar un harpa, en qué medida se requiere un peculiar talante para vivir en la calle que lleva el nombre de un aburridísimo sabio alemán.

Nunca sabremos si éste ha sido el final de nuestro camino o su principio, incluso es posible que si entendemos bien este cuaderno de bitácora, cuyas páginas no ha rellenado nadie, al final de todo nos encontremos en el centro de un gran círculo y desde él muchos lectores señalen rumbos y apunten hacia horizontes aparentemente diferentes, pero que de alguna forma, a través de conocimientos de geometría que ya hemos olvidado, sabremos que estos lectores tenderán a reencontrarse exactamente en el mismo centro que ahora

estamos. Sabremos que de manera fatal todos los círculos se cierran y todos los horizontes son tentativas que invitan a un camino que a la larga nos devuelve como un *boomerang* de pasos al lugar del que salimos.

PRECISIONES PARA UN INVESTIGADOR DEL AÑO QUINCE MIL VEINTINUEVE

Yo ya me he muerto hace un montón de años, pero no tengo más remedio que pedirle un favor. Usted ha nacido para hacer lo que hace, está sentado o acostado, o colgado de los pies, o a lo mejor ni siquiera tiene pies ni espalda, porque ya no los necesita, en un trasto estupendo que ni siquiera tiene teclas, porque su voluntad lo acciona. Su misión es muy clara, tiene que informarse de toda la serie increíble de pavadas que se han escrito en el mundo en los tres primeros días del mes de octubre de 1980. Según mis cálculos, lleva usted ya setenta y ocho años dedicado a esta tarea; los instrumentos que la tecnología ha puesto a su alcance le han permitido examinar tonelada y media de madrigales, dos quintales métricos de artículos y editoriales políticos, tres azumbres de novelas y media docena de tratados de filosofía que a fuerza de copiarse unos a otros ya nadie sabe quién fue el primero.

Su trabajo es arduo, por eso no es extraño que en ocasiones haga pasar los textos con gran rapidez por los instrumentos sonoros y visuales de su artificio. Hoy mismo ha estado informándose sobre un montón de certificados negativos, de antecedentes penales; ayer leyó algunas cosas sobre suspensiones de pagos. Anteriormente, las declaraciones lacrimeantes de un cantante de moda que festejaba su vigésimo aniversario gimoteando ante el público y que ni él ni yo comprendemos cómo es posible que haya sido olvidado.

Aun cuando usted ha sido engendrado y programado para rehuir todo tipo de fatiga, me preocupa pensar que está profundamente aburrido, tremendamente cansado; las palabras y las letras se repiten con tanta insistencia que casi ya no comprende lo que dicen; muy pocas veces se interesa en iniciar un paso atrás y pide a los mecanismos una repetición, una aclaración o una traducción nueva. Si, como espero, es usted un hombre, debe estar tremendamente harto de la tarea para la que ha nacido, casi me temo que si es un robot se está aburriendo todavía más y se encuentra absoluta, decisiva, completamente harto.

Por eso, ya que le ha correspondido examinar estos papeles, quiero decirle algo, no sé si para que le sirva de consuelo, para ayudarle en su trabajo o porque me da la gana decírselo. Esta época, sobre la que usted sabe teóricamente mucho más que yo, gracias a sus máquinas, archivos y ficheros, es un tanto rara, yo diría que está llena de desaliento, de tristeza incontenida, de desesperación, es como si los dioses de todas las religiones se hubieran apuntado al seguro de paro, en la imposibilidad de encontrar unos espíritus frescos y serenos con los que se pueda trabajar. Poco a poco, nos hemos ido desentendiendo de todo, porque creíamos que al final nos encontraríamos ricos de libertad y al acabar sólo nos hemos encontrado con un enorme desaliento, con una terrible desesperanza. Es un mal asunto ese de vivir y escribir en los días que usted está investigando, cuando las gentes necesitan que les dé prestigio su automóvil y creen que divertirse es ponerse al volante y salir a la autopista del sur y aguardar unas horas interminables hasta que la persona deja de ser una persona y se convierte en un tripulante y casi se le distingue por la marca de su coche o por el color o por la bolladura de la aleta delantera. Y es una angustia tremenda esperar dentro de una nube de vapores de cobre o de gasolina, en un olor permanente de metal caliente para entrar en una ciudad absolutamente igual que la autopista, en donde a cada rato nos vamos a volver a quedar inmovilizados, esperando a que una señal roja se convierta en verde, para después, de manera inevitable, volver a enrojecer otra vez.

Pienso que en el mundo en que usted vive y de alguna forma me lee, ya no existen calles, ni peatones, ni necesidad de desplazarse, incluso ustedes se han dado cuenta de que el tiempo es sólo uno y si nos elevamos sobre él como un alpinista sobre una montaña o un globo de observación sobre un campo de batalla, veremos completo lo que ocurrió, lo que está ocurriendo, lo que de manera inevitable va a ocurrir. Y ésta, que para nosotros es una institución, no aumenta de ninguna forma nuestro conocimiento, pero sí nuestra desazón. En este momento Licas, el viñatero, y su mujer, Urania, están gritando el nombre del gladiador Marco, que va a morir poco después cautivo en la red y deshaciendo las entrañas del que le mata. En este mismo instante los bomberos están intentando rescatar lo que queda de Sonia y de Roland; de cualquier manera está concluyendo una existencia y alumbrándose otra, se muere un mundo sin saber para qué existió y surge otro ignorante de para qué lo hace.

Aquí y ahora casi nadie se da cuenta de todo esto; cuando sienten ganas de apoyar las espaldas en la pared y echarse a llorar, o cuando piensan que no tienen casa y que sólo un banco público les puede servir de reclinatorio, o incluso cuando van a hablar con su cura o su rabino o su derviche para contarles que una planta muy grande, hecha de insatisfacción y de náusea y de sinsabores y de cosas que no han dicho, porque no se les han ocurrido, les está creciendo en el estómago, acaban por creer que lo que tienen es la tensión baja, o el colesterol alto y que eso se cuida con pastillas y que un tubo de pastillas al lado de otro son como una garantía de vivir más y más feliz, hasta que un día compran otro tubo que los hace inútiles a todos los demás y entonces se lo toman entero y se acaba la historia.

No se en qué medida es bueno vivir como usted lo hace, a lo mejor usted ya no sabe reír y le han extirpado los lagrimales para que no llore, lo cual debe ser una persuasión de felicidad como otra cualquiera. Es posible que en lugar de aburrirle su trabajo le sea apasionante y represente para usted una razón de existir y una justificación de todo, hasta de mí mismo, incluso del viñatero Licas, que sólo existió porque alguien escribió su nombre e imaginó su aspaviento ante el horror del fuego. Insisto. El tiempo no existe y el espacio es ilusorio; a lo mejor en donde usted se sienta yo estoy jugando al béisbol en un lugar que se llama mil novecientos cuarenta y seis. Pero a nuestro alrededor no sólo no se dan cuenta, sino que se empeñan en no enterarse y se pelean por el espacio y por el momento en que se encuentran sobre él y hacen la vida tremendamente insoportable, mezquina, sórdida y miserable para los que lo único que queremos es tener una oportunidad un poco más larga en la pantalla del cacharro con el que usted escruta papeles. Y todos están muy contentos por haber nacido en una ciudad. Y cuando ésta no les parece lo suficientemente estupenda, se engañan a sí mismos diciendo que han nacido en otro lado. Y cambian sus fechas de nacimiento para hacerse creer que son más jóvenes, cuando en realidad todos somos igual de jóvenes.

Y nadie se da cuenta de que empeñarse en hacer cosas y en ganar dinero, y en obtener sonrisas de los jefes, y caricias de las mujeres, y elogios de los periodistas, es algo que no sirve absolutamente para nada, que lo único que hay que hacer es aprender a comerse un huevo duro, a beberse un vaso de vino y a bañarse en un río, como nadie sabe hacerlo. Aquí y ahora hay un tipo que sabe esto perfectamente, se lo ha dicho a casi todos, lo ha repetido un

montón de veces, pero los otros no le hacían caso, seguían fundando sociedades, constituyendo escrituras de crédito, pidiendo votos de confianza, traicionando la confianza de los demás con votos o sin ellos y, en general, gestando todos esos papeles tediosos que usted examina ahora. El tipo ese del que le hablo es algo estupendo; él también ha llenado papeles, unos pocos los han leído y otros han dicho que los leían para que no les tomaran por tontos; no ha faltado el que ha analizado sus escritos como si ya fueran algo histórico o, peor aún, como si pertenecieran al mundo de la geología o de la física. Mientras que él intentaba enseñar a la gente a vivir sin asustarse y a reír sin pudor alguno, los otros intentaban compararle con otras etapas de la literatura o pedían ayuda a una computadora para saber cuántas veces aparecía en sus escritos la palabra cronopio o el sustantivo archimecachímelo. Pero lo que ha escrito vale la pena; le sugiero que aun cuando no forme parte de su tarea, pare por un momento la máquina y si todavía le queda a usted la oportunidad de elegir, si dispone de un buen culo para ponerlo en un asiento y de unas manos para sujetar un libro, busque lo que este hombre ha puesto alineado sobre el papel. ¡Se me olvidaba! El tipo se llama **Julio Cortázar.**

RAUL CHAVARRI

Instituto de Cooperación Iberoamericana
Avda. Reyes Católicos, 4.
Ciudad Universitaria
MADRID-3